



Dura redención para un sicario

‘Las buenas intenciones’ consolida a Víctor del Árbol como uno de los mejores exponentes de novela negra

FRANCISCO RECIO

La novela negra tiene tirón y una ávida demanda en España que hacen que proliferen novios que tratan de abrirse camino en este campo literario. No es fácil saber contar con

arte narrativa, con pulso y tensión, con hondura, una trama negra al uso. Ahí el universo de nombres singulares se constriñe mucho. Pocos son los que saben retratar con acierto los escenarios sórdidos, los personajes turbios y oscuros, la violencia o

el tono duro y el ambiente social en que se mueven los protagonistas.

Uno de ellos es Víctor del Árbol (Barcelona, 1968), que a golpe de novelas originales y excelentemente tramadas ha logrado un sólido prestigio como uno de los grandes escritores de novela negra en España. Frente al novedoso *thriller* nórdico y sus derivados, en los que prima la sangre y una violencia y crueldad excesivas, Del Árbol nos devuelve al género negro de toda la vida donde no solo la violencia llena sus páginas, sino también la presencia del factor humano; los misterios y taras psicológicas que llevan a los asesinos o a los sicarios a cometer sus crímenes junto a las pasiones, alegrías y tristezas de las

víctimas y de los investigadores. El factor humano, ahí, como en tantos otros escenarios, está la clave.

Ahora publica *Las buenas intenciones*, novela con la que cierra su llamada *La trilogía del sicario sin nombre*, que tuvo como primer título *Nadie en esta tierra*, protagonizada por el inspector Leal, y le siguió *El tiempo de las fieras*, esta vez con el desabrido subinspector Soria tras la muerte de Leal, y que ahora concluye con una historia donde el protagonismo de la investigación recae en la periodista Clara Fité. Y en medio, el sicario sin nombre, dispuesto a retirarse tras hacer un último trabajo con tres víctimas en su lista, una libreta robada por la periodista al sicario que tiene datos muy com-

prometedores para muchos y la investigación sobre la muerte de dos menores 20 años atrás que esconde misterios sorprendentes. Todo se une en una trama cosida con maestría impecable a los sucesos del presente, que giran en torno a la especulación inmobiliaria de los terrenos de una vieja urbanización y la aparición de un retablo del siglo XIII en la ermita de La Montaña que destapa unos intereses económicos de carácter especulativo donde la criptomoneda juega un papel central.

El propio autor ha señalado que su interés en esta trilogía es mostrar al lector la evolución del sicario, de principio a fin. En este cierre, el personaje, sin dejar de atender sus servicios de matón, intenta redimirse y

Libro de los encuentros

Mireya Hernández construye un puzle de espacios, tiempos y personajes sin clara adscripción genérica en ‘Veo el mundo como una gran sinfonía’

FERNANDO MENÉNDEZ

Tomo del mismo libro la tesis que para mí lo define (tesis suena o muy solemne o como una sali-

da de emergencia, pero en realidad toda tesis es un encuentro programado por el azar): *Veo el mundo como una gran sinfonía*, de Mireya Hernández (Madrid,

1981), es un libro desiderante y puede que así podamos abrir todo un hueco para más libros que podríamos considerar desiderantes (gracias, Mireya).

¿Y qué es un libro desiderante? La respuesta está en las páginas. Al final del libro (un volumen sin centro de gravedad permanente o con tantos como historias y personajes circulan por él) aparece un episodio titulado *Armonía de las esferas*, que comienza así: «En los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* de Julio César, desiderantes eran los soldados que, bajo las estrellas, esperaban a los compañeros que aún no habían regresado del campo de batalla. Más precisamente, la etimología



Mireya Hernández

RUTH ZABALZA

El despertar a la vida de Lord Berners

Compositor, pintor y escritor, el genuinamente excéntrico Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson escucha al niño que fue en ‘Primera infancia’

LUIS M. ALONSO

En *Primera infancia*, Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson (Bridgnorth, Reino Unido, 1883-Faringdon, 1950),

14.º barón Berners y más conocido como Lord Berners, evoca los años iniciales de su vida como si se tratara de una melodía minimalista de la memoria, aunque la música que

escribió fuese calificada por algunos de sus contemporáneos como audaz y en ciertos casos pletórica. El lord Berners compositor no dejaba a nadie indiferente, tampoco lograba conciliar el acuerdo entre sus críticos. Igor Stravinski lo definió como el mejor compositor británico de su generación, opinión que nunca ha sido ampliamente compartida.

La producción de Berners fue modesta, con tan solo tres decenas de piezas, y apenas se podría comparar con las obras de Benjamin Britten o William Walton. Pocos le negaron, sin embargo, el atrevimiento, y su contribución al desarrollo del modernismo europeo durante y después de la Primera Guerra Mundial no fue insustancial.

Serguéi Diághilev era admirador suyo y le encargó componer para sus Ballets Rusos. He leído que colaboró con Constant Lambert y que convenció a Frederick Ashton y a George Balanchine para que coreografiaran sus piezas. También ayudó a orquestar la canción de los barqueros del Volga, de Stravinski, compuso una ópera y produjo canciones, bandas sonoras para películas y obras para piano.

Escribió además seis novelas extravagantes, además de una buena cantidad de poesía y tres volúmenes autobiográficos; y dibujó y pintó. Si se hubiera dedicado solo a la composición, su legado tal vez habría sido más importante, pero su música, como aseguran algunos, no habría

resultado igual de innovadora, ya que su carácter *amateur* era indisoluble del estilo que lo distinguía. Y dentro de ese estilo se hallaba la rebeldía frente al *establishment*. Todos coinciden, incluso sus detractores, en que las dispersas contribuciones de Berners a las artes se basaron en su constante desafío a la gravedad y el rigor de finales de la época victoriana. No era un holgazán, pero creía que cultivar el placer importaba tanto como su vocación y rechazó de plano dedicarse a una sola disciplina.

Hay ritmo y melodía en *Primera infancia*. Los años de iniciación del autor no aparecen en ellas igual que si fuesen un territorio de formación moral o la antesala explicativa de una vida posterior, sino como un



Veo el mundo como una gran sinfonía

Mireya Hernández

Pepitas de Calabaza
208 páginas. 21,80 euros



Primera infancia

Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson

Traducción de Ángeles de los Santos
Periférica
192 páginas. 18,50 euros

llevar a cabo su sueño oculto: tras un último trabajo quiere reconciliarse con su hermana y comprar un rancho y convertirse en ganadero, vivir entre vacas y llenarse las manos de tierra en vez de con sangre.

Dos tramas centrales recorren la historia. Por un lado, el trabajo del sicario, que debe cumplir el encargo de eliminar a tres personas que figuran en la lista que le ha dado su cliente Orestes. Además tiene que recuperar la libreta que Clara le ha robado antes de desaparecer tras varios meses de idilio. Y por otro, la investigación de Clara sobre la desaparición de los hermanos Vera en 1992: Sergio, de 8 años, y Patricia, de 10. El padre, Juan Carlos Vera, fue acusado de asesinarlos para hacer

daño a su ex. Los cuerpos nunca aparecieron y él jamás confesó, pero lo condenaron a 20 años de cárcel.

Cumplida la condena, Vera sale de prisión. A su vez, un chivatazo periodístico señala que el informe policial sobre la desaparición de los hermanos está repleto de inexactitudes y falsedades y que el padre no es el culpable. La periodista tiene que averiguar por qué el hombre nunca habló de investigar a otras personas poderosas. Con sus pesquisas empieza a destapar una trama de corrupción inmobiliaria y otros casos de corrupción, crimen organizado e incluso secretos de Estado. Por alguien quiere impedirlo.

En el centro de esta operación inmobiliaria está el barrio de La Mon-



Víctor del Árbol

SANDRA ROMÁN

taña, que los especuladores proyectan convertir en una urbanización de lujo. Además, en Sant Genís, la ermita del barrio, aparece un retablo del siglo XIII de enorme valor, algo que deja al descubierto los intereses poco cristianos y más bien especulativos del obispo de la diócesis.

Estas dos tramas acaban colisionando al tener personajes y situaciones comunes, creando efectos devastadores para todos. El resultado es una novela apasionante, con personajes que se mueven al filo del abismo y otros que ya han cruzado esa línea y están dispuestos a seguir en ese camino que les resulta beneficioso. No hay nada mejor que la novela negra para adentrarse en el presente y desvelar sus verdades.

de la palabra *deseo* proviene del 'estar bajo el cielo', observando las estrellas en una actitud de espera y búsqueda del camino».

Veo el mundo como una gran sinfonía espera y pone en conocimiento historias olvidadas, sombreadas o deseadas. Hernández, como los soldados romanos, espera y celebra el regreso o avistamiento de esas historias. Su libro es una crónica de ello y también una manera diferente de establecer una relación entre ficción y realidad. Es cierto que parte de sucesos reales que en su mayoría se pueden cotejar, pero eso quizá es lo menos importante. Estamos ante una pequeña enciclopedia de lo difuso y lo probable.

No refutaremos el tópico de Constantino Cavafis —lo importante es el camino— porque lo cierto es que la autora es capaz de partir de unos legionarios romanos y acabar en Fiódor Dostoievski.

Nada está preescrito, todo son desvíos y saltos en el tiempo y en el espacio. ¿Está la escritora obligada a concebir su escritura bajo un cartesianismo de manual? No. «Mi tarea es la circunferencia», como dejó escrito Emily Dickinson. Quien escribe ejerce una mediación entre todo; está gratamente en el ojo del huracán y busca encuentros insólitos, imprevistos, inéditos, pospuestos, imposibles.

El libro toma el lado extravagante, al margen de la historia;

desconfía de las mayúsculas genuflexas, que diría el recientemente desaparecido José Martínez de Sousa y se mueve a partir de una atmósfera coincidente con los *Momentos estelares de la humanidad* de Stefan Zweig. Hernández escribe sobre momentos y encuentros con una escritura híbrida entre el relato, la crónica, lo ensayístico y lo poético. Todo es posible en la literatura. No hay pregunta más impertinente que la que dice: ¿Esto se puede hacer? Si la novela o los relatos necesitan romper costuras por algún lado, el libro de Hernández lo hace felizmente.

Con una mirada tan singular e íntima que invita al lector a imaginar o recordar episodios que

podían haber aparecido. Se habla del encuentro entre Miles Davis y Jimi Hendrix igual que se podría haber escrito sobre un posterior encuentro entre Davis y Prince.

Y puestos a especular sobre encuentros: a cualquier lectora le habría gustado escuchar la grabación en la que Delfín, el tío de la escritora, afirma: «Quien profundiza en la realidad visible no puede por menos que descubrir una realidad invisible». El tío Fermín, con sus palabras, enuncia la poética de *Veo el mundo como una gran sinfonía*.

Y por si fuera poco, también nos hallamos ante una colección de enigmas sin resolver. ¿Son estos enigmas la posibilidad de que estemos ante el primer volumen

de una enciclopedia fantástica? Ojalá. Pero también conviene recordar que todo escritor tiene derecho a uno o a varios desvíos; a no repetirse.

Hernández ha publicado con anterioridad la novela fragmentaria *Meteoro* (Caballo de Troya, 2015), el libro misceláneo *Modos de caer* (Newcastle, 2021) y el ensayo literario *Jonas Mekas. El paraíso recobrado* (Zut, 2023).

Y dejemos para el final lo que Roberto Bolaño sugiere en la cita que abre el libro de la autora madrileña: escribir tal vez sea tender puentes entre distintas historias. Cruen *Veo el mundo como una gran sinfonía* sin importarles lo que les espera a la otra orilla.



Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson

mundo autosuficiente, con leyes propias. Berners no busca justificar al adulto que será; se limita a escuchar al niño que fue. El resultado es una prosa de una ligereza engañosa, atravesada por una ironía delicada que nunca se vuelve condescendiente. El narrador adulto observa, sonríe, pero no corrige; deja que la lógica infantil se exprese con toda su coherencia. Persiste, además, en el libro esa fidelidad notable a la percepción sensorial. Los objetos que rodean al narrador adquieren una densidad casi táctil, el recuerdo da la sensación de activarse menos por la vía de los hechos que por la de los sentidos. Berners se acerca más a cierta tradición impresionista que a la solemne me-

moria victoriana. La infancia no acude como una serie de acontecimientos, observamos a través de ella una constelación de impresiones que se resumen en el miedo inexplicable, el placer sin nombre, la fascinación por lo inútil.

El humor se expresa también de forma minimalista. No se reconoce en el chiste ni en la ocurrencia, sino en una leve torsión del punto de vista. Las situaciones más corrientes son desviadas casi imperceptiblemente hacia el absurdo por el mero hecho de ser vistas desde abajo, desde esa estatura moral y física que convierte al mundo adulto en una maquinaria incomprensible. El joven Berners no ridiculiza a los mayores; se limita a

mostrar su opacidad. Y esa opacidad, examinada desde la infancia, roza lo cómico.

El mayor acierto del libro es su resistencia al sentimentalismo. No hay nostalgia empalagosa ni idealización retrospectiva. La infancia no es tampoco un paraíso perdido, sino un territorio extraño, a veces hostil, otras fascinante, casi siempre desconcertante. La prosa acompaña esta actitud con elegancia discreta, contención británica y un estilo que parece no querer imponerse, pero que revela un control absoluto del ritmo y de la frase. Ahora, hay que confiar en que Periférica publique los dos siguientes volúmenes que el excéntrico Lord Berners dedicó a contarnos su vida.